

¿DEMOCRACIA COMO GOBIERNO DE LA MINORÍA?

Rodrigo Baño

Laboratorio de Análisis de Coyuntura Social (LACOS). Depto. Sociología Universidad de Chile

Sin intentar denostar a nadie, pues soy un caballero (tengo caballo), no puedo dejar de manifestar mi asombro cuando alguien reflexiona acerca de cómo el Presidente Boric gana las elecciones presidenciales con más del 55% de los votos y en unos pocos meses sólo cuenta con el apoyo del 25% en las encuestas. Me atrevería a insinuar que es una especial manera (muy legítima, por cierto) de considerar algunos números; no más que eso.

Según mis cálculos, sobre los cuales tengo serias dudas, el Presidente Boric llegó a la jerarquía de tal con el apoyo directo del 12,5% de la ciudadanía. ¿Sobre qué bases podría deducir esto? Sobre la base de que obtuvo el 25,8% en la primera vuelta de las elecciones presidenciales, mientras el 74,2% prefirió a otros candidatos. Como en esa primera vuelta votó menos de la mitad de la ciudadanía habilitada para hacerlo, está claro que la decisión directa de apoyarlo ronda ese 12,5%.

Anteriormente ya Piñera había demostrado que se puede llegar a Presidente con muy poco apoyo directo. En efecto, el respaldo explícito a su postulación alcanzó en primera vuelta un 36,6%, que, aunque parece contundente, corresponde sólo al 16,9% de la ciudadanía reconocida. El resto de la popularidad de Piñera usted lo conoce, pero aquí nos interesa Boric.

Siguiendo con Boric, en la segunda vuelta presidencial obtiene más del 55% y ahí votó un poco más de la mitad del padrón electoral, pero la situación era muy distinta.

A partir de las cifras se puede hacer muchas especulaciones. La primera y más repetida es que en la segunda vuelta el voto de rechazo al otro fue más que el positivo a éste; que los votos por Boric fueron más contra Kast y que los votos por Kast fueron más contra Boric. También se puede especular sobre la orientación que tendría el 7% que aumentó la participación electoral en la segunda vuelta. Mayores especulaciones podrían hacerse respecto las secretas preferencias de quienes se abstienen, pero aquí la cosa es más seria, porque estamos hablando de la mitad de la ciudadanía.

Si conservadoramente se considera que la abstención tiene la misma distribución que la votación efectiva, se llega al doble del apoyo directo manifestado en la primera vuelta, esto es, el 25%, coincidiendo así con las encuestas y concluyendo que el núcleo duro de apoyo a Boric se mantiene sin variaciones, aunque en ese núcleo la mitad no es tan dura.

Gobiernos de minoría no son tan raros, pero es muy difícil vaticinar si las minorías se mantienen, crecen o se achican. La historia da para todo.

Por razones misteriosas, esa historia, que da para todo, suele ser muy sensible al sistema decimal, por lo que no es raro que este año se recuerde con insistencia que hace

cincuenta años se puso fin violentamente al gobierno de la Unidad Popular. De manera que tampoco es raro que se hagan comparaciones con el presente.

La historia no se repite ni rima. No se repite, porque no sería historia y no rima, porque los historiadores no son poetas. Sin embargo, buscar repeticiones y rimas es un juego de la imaginación de los que no la tienen, de manera que está justificado caer en el vicio para las almas simples como la mía. Hace ya cincuenta años que un golpe de Estado terminó con la experiencia de la Unidad Popular y hace casi un año que tenemos la experiencia del Frente Amplio.

No es que la historia se repita, y Unidad Popular no rima con Frente Amplio ni Allende con Boric, de ninguna manera. Nada de eso, pero parecidos se encuentran hasta entre la gente y sus mascotas.

Empecemos por una extraña coincidencia: La Unidad Popular llega al Gobierno después de 32 años (de 1938 a 1970) de implantación de un modelo económico, conocido como de sustitución de importaciones por la vía de la industrialización, que se dice ha entrado en crisis. El Frente Amplio llega al Gobierno después de 32 años (de 1990 a 2022) de desarrollo de un modelo económico conocido por el apodo de “neoliberal” que también se dice que ha entrado en crisis. Por cierto que la sustitución de importaciones empieza antes de 1938 y el modelo “neoliberal” empieza antes de 1990, pero permítase la licencia poética para hacer calzar las cosas.

La Unidad Popular y el Frente Amplio se asemejan en que ambos constituyen el intento de producir una gran transformación. La Unidad Popular pretende sentar las bases para un tránsito en democracia hacia un sistema socialista. El Frente Amplio no tiene las cosas tan claras, pero promete también una gran transformación al modelo vigente poniendo énfasis en cuatro temas: la descentralización del poder, la perspectiva feminista, la preocupación ecológica y la dignidad de los trabajadores. Por cierto, tiene también de fondo una perspectiva de desmontar el modelo neoliberal, balanceándose hacia una mayor participación del Estado que del mercado en el terreno de las políticas públicas.

Obviamente las condiciones y los antecedentes de la Unidad Popular y del Frente Amplio son muy diferentes no sólo en la economía. Ni el entorno internacional, ni las características de la estructura social, ni los niveles de politización y organización social y política se asemejan; el ambiente cultural también es muy distinto. De manera que comparar el primer año de la Unidad Popular con el primer año del Frente Amplio, para encontrar similitudes y diferencias, sería un ejercicio ridículo, digno de un paper en una revista indexada. Pero las comparaciones, que siempre son odiosas, a veces sirven para entender algo.

Para insistir en esto de molestar, habría que recordar que el primer año de la Unidad Popular fue una maravilla y no está pasando lo mismo con Boric. Naturalmente que nadie se acuerda de esto, pero la mera observación de los datos electorales de 1971, da buena cuenta de que, aunque la verdad no existe y la objetividad menos, los ciudadanos

de aquellos lejanos tiempos demostraban estar muy contentos transcurrida la mitad de ese primer año, entregando un excelente resultado en las votaciones a los partidos en el Gobierno que le permitían subir desde 36,6% con que había ganado Allende hasta prácticamente la mayoría absoluta, superando el mítico 50%.

Naturalmente que este apoyo se sustenta en medidas efectivas. En julio de 1971 se nacionaliza el cobre con apoyo unánime en el parlamento, también se realiza en ese primer año una serie de transformaciones radicales, como es la profundización de la Reforma Agraria y la implementación de varias de las primeras cuarenta medidas propuestas en su programa. Se reajustan sueldos y salarios y se congelan los precios de productos de primera necesidad.

Bastante distinta es la situación del Frente Amplio en este primer año de Gobierno. Obvio; las condiciones y antecedentes son muy distintos. Lo que ha podido hacer el Frente Amplio es muy poquito y la minoría que era sigue siendo. Pero aquí lo que interesa resaltar es precisamente la base de apoyo con que se inician ambos procesos.

Allende llega a la presidencia con el apoyo directo del 36,6% del electorado (recuérdese que no se ha inventado todavía el artilugio de la segunda vuelta). A su vez, ese apoyo corresponde a una participación electoral de 83,7% de los electores inscritos (no había inscripción automática) y al 57% de la población en edad de votar. En síntesis, el apoyo que recibe Allende en relación al total de la ciudadanía es de 20,7%.

En 1971, el apoyo a los partidos de la UP sube al 50% entre los votantes, con una participación de los inscritos del 74,8%, que corresponde aproximadamente al 56% de la población en edad de votar, lo que en términos concretos de apoyo explícito significa que tiene el apoyo directo del 27,3% de la población en edad de votar.

Más importante aún para el análisis del apoyo directo al Gobierno de Allende es considerar que en marzo de 1973, con una crisis económica y social desatada y con una muy fuerte campaña en su contra, la Unidad Popular lograba el 44,5% de los sufragios con una participación de 81,8% de los inscritos y de casi el 70% de la población en edad de votar. Esto significa que en 1973 la Unidad Popular se despide con casi un 31% de apoyo directo considerando a toda la población en edad de votar, contra un 38,4% para toda la oposición en ese mismo cálculo. El cuadro siguiente permite o dificulta (depende de usted) apreciar las diferencias.

PORCENTAJES DE VOTACIÓN DE VOTANTES Y DEL TOTAL DE CIUDADANOS

Votos sobre votantes reales	Votos sobre votantes potenciales	Abstención/ Inscritos	Abstención/ potenciales
--------------------------------	-------------------------------------	--------------------------	----------------------------

1970 Pres.	36,6	U.P.	20,7	16,3	43,0
1971 Munic.	50,0	U.P.	27,3	25,2	44,0
1973 Dip.	44,5	U.P.	30,8	18,2	29,6
2017 Pres. 1ª	36,6	Piñera	16,9	53,3	53,3 *
2021 Pres. 1ª	25,8	Boric	12,5	52,7	52,7 *

*La inscripción automática elimina diferencia entre inscritos y potenciales.

La democracia tiene esa gracia cuando el voto es voluntario (o cuando es obligatorio, pero nadie se da cuenta, como ocurrió en Chile durante mucho tiempo), de que puede haber una gran diferencia entre el porcentaje de votos que saque el vencedor en relación con los votos emitidos respecto al porcentaje de votos que obtenga en relación con toda la ciudadanía que tiene derecho a voto. Cuánto respaldo real tiene un Presidente recién elegido o una coalición de partidos es un misterio muy beneficioso para el negocio de las encuestas.

Pero la democracia no tiene esa gracia cuando el voto es obligatorio y efectivamente obligatorio (que no es lo mismo). Aquí ya no se puede especular o hacer suposiciones acerca de los que elegantemente optan por no participar en el rayado de papelitos, pues se les obligó a hacerlo.

El asunto este de obligar a decidir es complejo y de los cerca de doscientos países que están en la ONU no más de veinte imponen la obligación de votar. Lo que no impide, como siempre, que haya argumentos para cualquier cosa, en este caso para voto voluntario o voto obligatorio.

Sea como sea, para el reciente plebiscito sobre aprobar o rechazar el proyecto constitucional elaborado por la Convención Constituyente se estableció el voto obligatorio y a partir de ahí era previsible que esa obligatoriedad se prolongara para las futuras convocatorias electorales, lo cual está ocurriendo.

Esto cambia bastante el panorama. De hecho, el contraste entre el plebiscito de entrada y el plebiscito de salida es contundente. Recuérdese que el plebiscito de entrada marcó un 78,3% de aprobación a generar una nueva Constitución y el plebiscito de salida rechazó con un 61,9% la nueva Constitución propuesta. Sin embargo, las bases del cálculo son distintas, pues en el plebiscito de entrada votó cerca de la mitad de la ciudadanía y en el plebiscito de salida votó casi un 86% de potenciales votantes. Esto significa que el apruebo en el plebiscito de entrada obtuvo un 39,7% de los votos potenciales y el rechazo en el plebiscito de salida tuvo un 52,0% de los votos potenciales.

Lo anterior no sólo ratifica lo que se ha sostenido anteriormente, que el pueblo que aprobó tener una nueva Constitución no es el mismo que rechazó el proyecto presentado, sino que significa que los nuevos procesos electorales que se realicen con voto obligatorio resultan muy difíciles de calcular en sus resultados.

Lo anterior deberá considerarse para la realización de nuevas apuestas electorales, pero es muy probable que no impida esta extraña expresión de la democracia, donde el gobierno parta desde una minoría ciudadana que genere más de algún problema en su noble intención de hacer feliz al pueblo. Que esa minoría se mantenga, crezca o disminuya depende de que se produzca lo que usted está pensando.